

EDITORIAL



Desde que te fuiste, rio Cimitarra (Cantagallo), 17/11/16.

Entre el país urbano y el rural: desafíos para la construcción de una paz con sentido territorial

Between urban and rural country: Challenges for building peace with a sense of territoriality
Entre o país urbano e o rural: desafios para a construção de uma paz com sentido territorial

El acuerdo de paz firmado el 24 de noviembre de 2016 entre la guerrilla y el Gobierno colombiano ha develado las profundas grietas sociales que subsisten entre la ciudad y el campo, los graves problemas ambientales y de configuración de los territorios que aquejan a Colombia. A medida que la intensidad de los combates de la guerra se va atenuando, se hacen evidentes problemas estructurales que permanecían solapados por el ruido y el humo de las batallas.

Esta edición de la revista *Polisemia*, continúa en la línea de aportar a los debates sobre los procesos de ordenamiento territorial y las críticas a un modelo de desarrollo que se ha venido expandiendo al ritmo impuesto por las fuerzas implicadas en el conflicto armado interno colombiano, dejando al descubierto sistemas territoriales que se han ordenado desde su génesis alrededor de un modelo que intensifica la explotación y que ha derivado en relaciones depredadoras y autoritarias, producto de las cuales se ha erigido una sociedad de supervivencia, resistencia y confrontación.

El problema urbano, por ejemplo, aparece en toda su dimensión en ciudades acosadas por la violencia molecular, víctimas de una hipertrofia demográfica, asiento de millones de personas que se hacían en barrios y comunas carentes de servicios suficientes y planificación, centros incapaces de ofrecer trabajos dignos e ingresos decentes a sus habitantes, bloqueados por la insoportable irresolución de sistemas de transporte eficientes y que se expanden como manchas sobre las áreas de bosques o de cultivo que las rodeaban, llevando a límites mortales la contaminación del ambiente y el envenenamiento de las aguas.

Todo esto ha producido un cambio del paisaje social, cultural y ambiental del entorno territorial producto de la expulsión de miles de campesinos provenientes de zonas rurales, víctimas del conflicto armado o desterrados económicos que diariamente se asientan en las barriadas pobres de las ciudades y que migran a la urbe en busca de mejores condiciones de vida. Los territorios urbanos son espacios para que se consolide la acumulación por desposesión del capital, se profundice la segregación de las ciudades y se promuevan el consumo y el mercado

1 Doctor en Paz, Conflictos y Democracia, Universidad de Granada. Director de la Revista Polisemia y del Programa de Estudios y Promoción de la Paz y la Ciudadanía, de la Corporación Universitaria Minuto de Dios —UNIMINUTO. Correo electrónico: oscarusal@gmail.com

2 Trabajadora social con estudios de Maestría en Psicoanálisis, Subjetividad y Cultura, Universidad Nacional de Colombia. Editora de la revista Polisemia y docente del Centro de Educación para el Desarrollo, de la Corporación Universitaria Minuto de Dios —UNIMINUTO. Correo electrónico: tpgutierrez@gmail.com

en todas sus formas, como manera privilegiada de ejercer la ciudadanía global.

No obstante, son también diversas y plurales las configuraciones de sociedad y de comunidad que emergen en los bordes de esta centralidad agobiante, así como incontenibles los espacios sociales que rompen la hegemonía del binomio mercado-Estado, que es tan firmemente dominante en el ámbito ciudadano. Sin embargo, el primer artículo de esta edición que tenemos el gusto de presentarles es una intervención del profesor chileno Fernando de la Cuadra, a través de la cual nos muestra la capacidad que pueden desarrollar diversos colectivos y comunidades para desplegar acciones solidarias y de corte colaborativo, en contraposición con aquellas visiones que se han extendido y han reproducido la idea de una naturaleza humana intrínsecamente egoísta y racional, en la que prima la defensa del interés individual.

Este aporte se constituye en un escenario que nos impulsa a vislumbrar lecturas situadas sobre la guerra, la injusticia y la crueldad, pero también a discernir en torno a las acciones de resistencia. Se hace obligatorio comprender cómo todo el mundo de la vida se tornó contingente, precario e inestable en esta etapa de la globalización de mercado que fue demoliendo las certezas que contenían y ordenaban la sociedad del capitalismo de masas. Este fenómeno dejó una profunda huella en costumbres e imaginarios, transformó las maneras de ser en sociedad, produjo alarmantes signos de angustia colectiva y miedos descontrolados, sobre los que han cabalgado proyectos autoritarios y fundamentalismos del terror.

Poblaciones enteras desplazadas por la guerra han perdido su relación vital con la tierra, ahora deben reaprender todo del arte de sobrevivir. Así mismo el saber laboral de los trabajadores echados de las fábricas, víctimas de la reingeniería de las empresas, se vuelve inservible para las nuevas condiciones del mercado de trabajo. Claramente ya no es suficiente aprender un oficio determinado, y los jóvenes que le apuestan a la educación como palanca infalible para ingresar a la corriente de la

movilidad social, perciben que ello ha perdido mucho de su potencia.

Ya no hay verdades que funjan como amarraderos de los escenarios sociales reproducidos de generación en generación. Podría parecer entonces que se justifica la percepción de que corresponde a cada cual construir su pequeña balsa para no naufragar en el océano sin fondo de una sociedad que pierde su tejido social y tiende hacia el individualismo. En las ciudades es fácil observar que las comunidades ya no son duraderas ni sustanciales, en tanto la contingencia es el signo de este tiempo y que es cada vez más difícil la reproducción sistemática de hábitos, representaciones sociales o memorias culturales dejadas ahora en la superficialidad y fugacidad de los mensajes mediáticos. El gran reto pues, es reimaginar las formas de existencia posibles en este suelo tan movedizo.

En esta vía se inscribe el trabajo de Ignacio Holguín, quien introduce a partir de su experiencia en temas de paz y conflicto, convivencia y derechos humanos, los resultados de su investigación sobre bienes comunes y lo común como constitutivos de formas “otras” de ciudadanía ligadas a la construcción de territorios de paz. Del mismo modo, Iván Roa Ovalle, apunta un análisis crítico sobre la expansión de la palma aceitera y su relación con el paramilitarismo en la región norte de la provincia de Esmeraldas (Ecuador), y la necesaria reconfiguración de la lucha por la vida, el agua, la cultura y las condiciones más básicas de la existencia humana de la población afro e indígena, en clave de asir el patrón de poder racial que exponen las complejas formas del capitalismo actual.

Este modo de producción capitalista tiene a las ciudades como su retaguardia segura. Mientras las multitudes que se aglomeran en los centros urbanos mantengan su obediencia y capacidad productiva y de consumo, se podrá dar soporte al esfuerzo del capital financiero por aprovechar la salida de la guerra para someter los territorios rurales al modelo extractivista, copar las regiones para la explotación del petróleo, del oro, del carbón y demás minerales, para colonizar la altillanura y las

tierras más fértiles con el monocultivo de la palma de aceite, el caucho u otros cultivos de plantación. El agua y la biodiversidad pretenden también ser agregadas a la contabilidad del capital y, con todos estos procesos del llamado desarrollo, nuestra vulnerabilidad al cambio climático y al desastre ecológico se hará más onerosa.

¿Cómo pensar el postacuerdo de paz en las ciudades desde lógicas más atadas a la vida de todos y todas y que nos permitan reconstituir un pacto con las formas de vida no humanas, con el planeta entero? Este será un aprendizaje que ha de comprometernos en experimentaciones en muchas áreas, dando prelación a la creatividad y a la búsqueda de alternativas al desarrollo.

En esta línea encontramos el artículo de Marcia Rivera Hernández, exsecretaria general del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales CLACSO y destacada investigadora sobre el desarrollo socioeconómico, la pobreza y la desigualdad en América Latina y el Caribe, quien nos invita a pensar en el papel de la educación para el desarrollo en el contexto latinoamericano, cuestionando las referencias a lo que se ha llamado desarrollo para insertarnos en el debate de la articulación de la paz con otras formas de ese desarrollo, condición imperativa para no poner en peligro las generaciones futuras.

Al respecto, en el ámbito productivo para mencionar uno de tantos problemas sustantivos, habría que profundizar en el debate sobre la metamorfosis que ha sufrido el proceso de valorización inherente a la producción capitalista y cómo se entroncan allí las formas de producción comunitaria, así como todos los sectores que van quedando al margen del mercado institucionalizado, en donde se han instalado los nuevos campos de valorización y de productividad.

El principal afluente de estos nuevos espacios para generar *valor-trabajo* social es repensar el universo del desempleo, del no-trabajo, de lo conocido como mundo de la “informalidad” o “subempleo”, del “rebusque” y del trabajo no remunerado. Hay que poner en cuestión el paradigma que da como una ley irrefutable la división social entre trabajadores y

desempleados. Ya la teoría económica había señalado que en la masa de desempleados se hallaba una de las claves para el funcionamiento del sistema productivo, dado que con su presión sobre la oferta de mano de obra era posible mantener bajos salarios, permitiendo la captura por el capital de una mayor proporción del plusvalor; así mismo es un argumento para acicatear permanentemente el alza de la productividad del trabajo.

Es evidente que la población desempleada representa un excedente de capacidad viva de trabajo, atenta a que su *plustrabajo* sea valorizado para el capital. Entonces habría que indagar por el potencial productivo de esa legión de desconectados de las empresas formalizadas y del mercado que ha cobrado vida. El sistema salarial ha dejado de ser el único determinante de las relaciones de trabajo; ahora, tampoco la única opción para allegar a medios de vida suplementarios es la ayuda pública o el recurso de la caridad (aunque muchos se vean obligados a seguir recurriendo a estos procedimientos). Se están abriendo brechas para que incursionen iniciativas productivas comunitarias o colectivas en zonas inéditas del intercambio, la circulación y la distribución de bienes y servicios.

En esa dirección se deberán evaluar y abordar nuevas perspectivas para constituir campos de fuerza en este ámbito. ¿Hasta que punto es posible remozar y resignificar espacios de intercambio por fuera de la dominación mercantil y de las prácticas de consumo regidas por el beneficio individual? Un ejemplo muy recurrido para ilustrar esta posibilidad es el de la intensificación de los ejercicios de trueque, donde se conectan procesos productivos de diversa naturaleza y diferente producto, de tal manera que se someten a intercambio valores sociales de uso y se subordina la consideración del valor de cambio que ellos tienen en el mercado. Y como ese hay otras múltiples maneras que inventan las comunidades y sociedades locales para sobrevivir y perfilarse como redes que dan soporte a la vida.

De otro lado, la cuestión que queda abierta es cómo podrían fortalecerse, estudiar y perfeccionar el emplazamiento de mercados sociales que

buscan una redistribución más equitativa para los productores directos, donde se minimiza la intermediación y se fijan precios más cercanos al valor de los productos, a partir de métodos de cálculo que superen por él, la relación costo/beneficio monetario y reflejen e integren el esfuerzo de todos.

Es claro que crear capacidades para establecer relaciones comunitarias e interpelar los circuitos del gran mercado capitalista sin ser subsumidos ni arrasados por él, no es cosa sencilla. Pero esto pasa por el llamado a descifrar el papel de los imaginarios sociales y la construcción de la otredad, que nos hace el profesor Raúl Cuadros a partir de una investigación sobre las representaciones estéticas y la figuración de la alteridad, en la que se evidencian una naturaleza discriminatoria, totalizante y deshumanizante.

En otro orden, son muchas las experiencias de movimientos que se proponen poner límites sociales al mercado, exigir responsabilidad social de los grandes productores, financistas y comerciantes, y promover el respeto de los derechos de los consumidores. A la par, impulsar formas de consumo responsable y un sentido crítico permanente ante el individualismo posesivo y la alienación que induce el consumismo.

Estos fenómenos son los que se deberían atender, antes de continuar en la penumbra de las políticas públicas en materia social, por medio de las cuales el Estado se reduce a mantener dentro de límites soportables la pobreza estructural que el sistema reproduce mediante las medidas asistenciales. La experiencia derivada de la investigación de los procesos de mediación familiar en Chile, desde la perspectiva de los mediadores y su valoración en torno al acceso a la justicia y la resolución colaborativa, que nos ofrecen Catherine Valdebenito y María de la Paz Donoso, ilustra esta intencionalidad política.

La sociedad debería atisbar en estas posicionamientos emergentes, el germen de nuevas formas de vivir que propician el desarrollo de vínculos sociales relacionales en torno a la producción de satisfactores integrales de las necesidades

materiales, culturales y sociales, así como de la recuperación de los derechos de todos. La reseña del libro *Educación para la paz integral. Memoria, interculturalidad y decolonialidad*, que pone a nuestra disposición José Javier Capera, conduce la reflexión hacia una lectura de la complejidad que implica pensar la paz integral como un tema pertinente de las dinámicas latinoamericanas, a partir del giro decolonial bajo la perspectiva de densificar los problemas estructurales como la violencia (aunada a la pobreza y la desigualdad), la xenofobia y el autoritarismo que vive la región.

Esto es parte fundamental de la superación de la guerra que ha sido ante todo un dispositivo que puso bajo ataque, las formas de vida que expresaban la diferencia y encarnaban formas distintas de concebir la relación con la tierra y con la naturaleza, u otras maneras de entender la propiedad y el trabajo, o de construir los territorios y los bienes comunes.

El llamado que hacemos en esta edición dentro de nuestro “papeles para el debate”, ante la necesidad de poner el acento en la perspectiva territorial de la paz, nos permite entregarles a nuestros lectores la respuesta de intelectuales y líderes sociales que vienen asumiendo esta cuestión, pero también ampliar la discusión al problema urbano, tan poco abordado en el acuerdo de paz de La Habana y revalorándolo como un aspecto neurálgico del postconflicto.

Son estos procesos de incidencia territorial (rurales y urbanos), los que nos marcan como derrotados las luchas sociales, las resistencias y la necesidad colectiva -aunque no integrada-, para ponerlas en función de desatar alternativas y nuevas propuestas de desarrollo, participación política y relacionalidades sociales y con la naturaleza, que se inscriban en el principio de defensa por la vida.

Para atender a estos desafíos, se requiere entonces de la construcción de nichos de conocimiento en donde se sometan a análisis y debates las posibilidades y debilidades de este tipo de iniciativas productivas y de vida colectiva; también que se recabe el apoyo académico para avanzar en la

conformación de redes de iniciativas productivas autónomas que estudien la potencialidad y viabilidad de mercados sociales locales; que se hagan habituales los encuentros para intercambiar experiencias con proyectos que idean el postdesarrollo

en otras ciudades y países, tomando como hilo explicativo la creatividad y la resistencia afirmativa de comunidades que van creando expresiones de nuevos mundos que emergen. La revista *Polisemia* abre sus páginas para este debate necesario y urgente.